

Se necesitaba la conciencia de patria, más chiquita desde luego, pero más tibia, más honda, más querida, y esa la imprimió Santander. A Santander, antes que a nadie, le debemos la fisonomía, el arraigo civil, el sentido de la evolución, la fe en nosotros mismos.

Santander sí creyó en la democracia. Bolívar, superior al ambiente, dudó siempre de ella. De resucitar los dos, éste se asombraría de encontrar repúblicas en donde temió que invadiera la maleza o que se formara el desierto, devoradas unas por otras, y en turno riguroso, las facciones. Santander veía todo con calma y apuntaría los aciertos y las deficiencias, con la sonrisa y la frialdad de un experto. Hace una atinada observación Ochoa: «Toda Nueva Granada es Santander y toda Venezuela es Páez». La había hecho García Ortiz. La intención de éste, tan informado, tan elocuente, tan sagaz, fué exaltarnos. La de Ochoa, deprimirnos. Para nosotros es motivo de orgullo el que Colombia con virtudes y vicios, alegrías y dolores, victorias y derrotas, se vea en Santander como en el más fiel espejo.

Lucas Ochoa, con fina interpretación del alma de Bolívar, muestra cómo infiltró el odio al español como un medio de dominación, es decir, de triunfo, en la guerra sin cuartel cuando fué necesaria, y explica cómo quiso sembrar el amor al español, como medio de consolidación, cuando pensó en que ese pueblo era «el llamado a poblar nuestros desiertos». Es claro que la gente no entendía. No se ha acabado de entender el republicanismo, que es de ayer,

L. E. Nieto Caballero

Fragmentos del notable libro *Mi Simón Bolívar*

(Viene de la página 345)

lívar lanzó el dardo de su anhelo más allá que Zarathustra.

Porque tú debieras conocer que los trifonas tienen tanta importancia como los hormonas en una biografía. Éstos son excitantes de la actividad funcional y provienen de glándulas especiales, mientras que los trifonas son sustancias fabricadas por ciertos glóbulos blancos de la sangre y presiden la cicatrización y regeneración de los tejidos.

La gran actividad provenía de los hormonas en Bolívar, el Libertador; pero era un efecto de los trifonas su magnitud, el olvido de las injurias personales. Al gran desgaste de los trifonas se debió la vejez prematura de este ser superior que efectuó su obra con hombres tan pequeños que toda su vida fué un perenne desgaste de poder cicatricial.

Indudablemente Suramérica, por su extensión territorial, por la hibridación étnica, por la riqueza y variedad de sus tierras y sus climas, está destinada a ser la cuna del hombre tipo y unificado, la gran democracia.

Si buscamos lo absoluto como el millonario Barnabooth es porque somos un gran ensayo sociológico y estamos desequilibrados. No hemos podido adaptarnos. En las demás partes los hombres están separados por su color y por su patriotismo. Aquí todos los días hay un cambio y un experimento. Si llevamos cien años de luchas y de tanteos, estériles en apariencia, es porque los grandes seres crecen lentamente.

Resulta, así, que Bolívar fué el que cumplió uno de los actos más trascendentales en la humanidad, lo cual se reconocerá cuando en los siglos se realicen los hechos. Se dirá entonces que el Libertador creó y dió carácter

no se entiende la concentración nacional, que es de hoy, qué se iba a entender, en todas sus inmensas proyecciones, lo que sería de mañana! Y Bolívar, a quien le faltó comprensión del alma de su pueblo, porque la conciencia continental no le dejaba detenerse a interpretarla, se desesperaba. Tenía un ritmo de gloria, de grandeza. Santander, más modestamente, pero más útilmente en la paz, tenía un ritmo de república.

Ha hecho muy bien Fernando González en prestarle su estilógrafo a don Lucas Ochoa, aunque éste, que tiene ideas muy modernas acerca del derecho de propiedad, lo cree suyo, y grita como el dueño de la espada imperial: «Nadie lo coja!» Debería solamente acompañarlo a meditar, o no enviarle el catre doble que lo obliga a tantos escarceos, en que la obsesión sexual lo atosiga hasta mezclar las observaciones de la pasión en relaciones austeras y le perturba la mente al extremo de que cuanto no es rendimiento le parece mulatez en las relaciones de Bolívar con sus conmitones. Mientras tanto, la muestra que ha querido darnos, en su libro contradictorio, desigual, enloquecido, alucinante, de abundante jugo, saturado de ideas, es una de las aproximaciones más originales y más bellas al alma de Bolívar, quien sale de la vulgaridad de su condición física y de sus pasiones tremendas, aunque transitorias, como el espíritu radiante que se eleva hacia Dios, y se desprende del globo miserable donde las conciencias continentales continúan siendo ilusorias, para indagar si es diferente la composición de los astros...

a uno de los capítulos más complicados y preñados de consecuencias en el desarrollo del hombre hacia su fin, que es la conciencia universal. Vendrá inmigración de todos los puertos, porque aquí hay tierra y riquezas y tendemos a la libertad, y se fundirán todos los organismos y aparecerá el verdadero hombre, *el gran mulato adaptado*. Se fundirán todas las religiones y aparecerá una gran unidad ideológica, unidad de amor y de conciencia.

Individuo es el que no forma parte de la comunidad, es el que está completamente deslindado por cercos firmes de calicanto. ¿Qué son estos cercos? Son las ideas y deseos y odios y amores sólidos, rotundos, propios.

¿Y cuál es el hombre más individuo que ha tenido la tierra?: *Simón Bolívar*. Nadie influyó en él; era un gran centro de conciencia. Llegó a tener, no solamente conciencia continental, sino ratos de conciencia cósmica. La individualidad, en él, se percibe tan de bulto como la más alta montaña.

Simón Bolívar embarga todos mis sentidos con sus emanaciones de individualidad.

Imitemos la educación que recibió el Libertador: Pongamos al sol, a toda la energía, cada parte de nuestros cuerpos desnudos. Pongamos al sol nuestras glándulas seminales y dejemos que él penetre en todos nuestros esfínteres. Así fué educado Simón Bolívar, entre el agua, entre el aire. Nosotros hemos vivido entre los libros.

El sol penetra en mi garganta y calienta mis dientes duros. Para rehacer a Colombia debemos enseñar a los niños el amor cósmico; alejarlos de las letanías, *de las escuelas sentadas*.

He descubierto que el único hombre cuya conciencia haya sido siempre continental, en Suramérica, y que por instantes tuvo conciencia cósmica, fué el Libertador.

A poco me dije a mí mismo: ¿Qué me importan mis personajes abstractos? Bajaré a la tierra a buscar al hombre de acción. Aquí tengo uno que recorrió, en ir y venir constante, millones de kilómetros cuadrados, bregando por formar hombres y patrias. Si no hubiera existido esta tierra por independizar de España, indudablemente no habrían podido aguantar en su casa a Simón Bolívar. Es el tipo de hombre de acción que yo necesito para curarme de mi cansancio ideológico

Donde estaba Bolívar estaba el triunfo y estaba Suramérica. Por eso, la gran conciencia de Camilo Torres se expresaba así: «En Bolívar está la Independencia». El hombre no es causa, sino que se actúa, se realiza a sí mismo. Si no fuera así, tendríamos que Jerónimo, el portero del Juzgado, podría a su antojo ser un Simón Bolívar. Esto es creer en la libertad, o sea, en el desorden. Si uno fuera libre de ser santo o diablo, imbécil o genio...

El secreto del progreso para Colombia está en el maestro de escuela: enseñar a los niños a creer en sí mismos, en sus fuerzas; hacerlos sensibles al orgullo racial y al sentimiento de *propia expresión*. Necesitamos hombres que se sientan ofendidos al recibir de fuera. Recibir de otros es una cobardía. ¡Inventen, actúen, realicen, niños colombianos! No tomen prestado, no reciban regalos, no pidan! ¡Qué vergüenza es hoy nuestra pobre patria! En tiempos del Libertador, Colombia irradiaba, imponía al mundo sus conceptos de Libertad y de Gloria. Pero, ya murió Simón, y debo contenerme. Debo contenerme ante el recuerdo de Páez y del Mayor Santander, conciencias orgánicas.

El metro, señores, sirve para medir los pueblos. América no tiene santos porque su medida no da conciencia cósmica. El grande hombre no resulta sino en grandes pueblos; es una florescencia y necesita de tiempo y disciplina racial. Bolívar, por ejemplo, era español; su grandeza hay que buscarla en la vieja raza vasca. Los pueblos se pueden clasificar por el grado de conciencia a que ha llegado la mayoría de sus habitantes. El tipo propio de Suramérica es el mulato, y no puede suministrar aún sino conciencias orgánicas, a lo sumo conciencias de montoneras errantes y dispersas. Ahí está uno de los elementos de la tragedia bolivariana: una conciencia continental, Bolívar, en medio de mulatos. Estos alcanzan a lo sumo a producir el tipo Páez, cuya patria se reduce al río Apure. Páez, Padilla, Piar, Infante, etc., son hombres muy inferiores, situados al comienzo de la escala humana.

Los activos tienen arraigados los conceptos de patria, continente, propiedad, ajeno, etc. La mayor perfección está en la conciencia cósmica. De ahí que a los activos por esencia, como Bolívar, los aplaste su misma obra, pues toda acción es por sí misma ilusoria, fenoménica y no satisface. ¿Cuál hombre activo no ha muerto en la tristeza? Todos mueren desilusionados y tristes.

El Libertador, durante sus días últimos en San Pedro Alejandrino, se lamentaba continuamente, así: «Ay! Ay!» El doctor Reverend sabía que su tisis no era dolorosa, y admirado le preguntaba: ¿Por qué se queja su Excelencia? -Por nada; es un hábito en mí.

Como todo hombre de acción, tuvo el mismo fin de Don Quijote: Vivió loco y murió cuerdo. Toda obra es ilusoria. Vivió alabando su tierra y su gente y murió repitiendo que había muchos, muchos canallas.

Pero el Libertador vivía tan fundamentalmente en la conciencia continental, que para América fueron también sus pensamientos y palabras últimos. Ese amor desilusionado, como siempre, es conmovedor. (Concluirá.)